

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Francisco Bastitta.

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- | | | |
|----------------------------------|----|--|
| | 3 | Por qué nos hace falta centrarnos hoy en la esperanza |
| <i>Carlos Hoevel</i> | 9 | La ilusión de ser argentino |
| <i>Florian Pitschl</i> | 22 | Regreso a la infancia, redescubrimiento de la esperanza |
| <i>Alicia Zanotti de Savanti</i> | 35 | Encontrar la alegría |
| <i>Enrique Aguilar</i> | 49 | La relación de Ortega y Gasset con la Argentina |
| <i>Fernando Devoto</i> | 64 | El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad |
| <i>Alberto Espezel</i> | 73 | Breve lectura introductoria de Alasdair MacIntyre |
| <i>Erich Kock</i> | 83 | Quien quiere saber más, debe atreverse a la muerte
In Memoriam Ernst Jünger |

El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad

*Fernando Devoto**

En los últimos tiempos, en Argentina, desde múltiples lugares, han comenzado campañas de promoción del optimismo. La idea que está en la base de las mismas es lo que los sociólogos llaman teorema de Thomas -por el gran investigador de la escuela de Chicago de los años veinte, que popularizó la noción de la “profecía autocumplida”-. Resumidamente puede expresarse así, si alguien cree que algo es real, es real en sus consecuencias. Esta noción del papel de la profecía tiene sin embargo muchos límites, uno es que su valor es más bien negativo que positivo, o sea funciona mejor con respecto al pesimismo que al optimismo; y otro es que se refiere más a comportamientos individuales, ante situaciones concretas, que a procesos generales de más largo plazo que involucran “mentalidades” colectivas o, como hoy tiende a decirse, imaginarios sociales. Quisiéramos detenernos, sin embargo, en otros dos puntos. ¿Son los problemas argentinos resultado de un problema de percepciones negativas, en otros términos, de pesimismo? Dos: ¿Cómo han operado en el pasado las lecturas pesimistas y optimistas de la realidad? Comencemos por esto último.

En la fundación de la Argentina moderna encontramos una generación, la del 37. Su diagnóstico es bastante conocido: el atraso

* Instituto Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

argentino, que era hijo del fracaso, sea de la generación de mayo que de la generación unitaria sucesiva, requería soluciones drásticas. Fue la impiadosa lectura de lo que imaginaban eran los males argentinos, el atraso, el desierto, hijos de la herencia colonial, hispánica y católica que las generaciones precedentes no había podido solucionar -y cuyo resultado más visible era el gobierno de Rosas- la que llevó a las soluciones radicales de la generación en el poder luego de la batalla de Caseros.

Desde luego que es posible afirmar que el vertiginoso crecimiento argentino de la segunda mitad del siglo XIX, que contrasta con la turbulenta pero relativamente inmóvil primera mitad del siglo, no fue el resultado ni de ese diagnóstico ni de las terapias que a partir de él se formularon. Una lectura de este tipo que redujera al mínimo el papel de las *élites* intelectuales y de sus proyectos ante el ciego papel de la "mano invisible" del mercado constituiría con todo una lectura aún mucho más pesimista (pero no necesariamente errada) de la modernización argentina. Podría formularse así. El vertiginoso crecimiento de la Argentina, en el medio siglo anterior a la primera guerra mundial, fue hijo de las enormes posibilidades que conllevaba el desarrollo de la economía mundial para países semivacíos en sus áreas templadas. Esa economía mundial (o si se prefiere ese capitalismo mundial) requería y pagaba a altos precios los productos agropecuarios pampeanos. Productos que al inundar los mercados europeos aceleraban la ya presente emigración desde las campañas del viejo continente hacia la Argentina proveyendo los brazos que poblasen el desierto y las ciudades y las bocas que sostuvieran un mercado de consumo para una temprana aunque pequeña estructura industrial. Desde luego que los enormes beneficios del sector agroexportador atraían consigo capitales externos (de los que la Argentina tenía extraordinaria necesidad dada la insuficiencia del disponible internamente) que permitirían construir la infraestructura que integraba a la nación conectándola al mercado mundial y los gastos crecientes de un estado donde todo estaba por hacerse.

Nada mejor que Buenos Aires, la “capital de un imperio que nunca existió” -en el conocido, ampuloso pero no errado, *diktat* de André Malraux- para percibir la magnificencia de ese proceso. Ahí están desde el edificio del Correo Central al de Obras Sanitarias, desde el de Tribunales hasta el del Hotel de Inmigrantes, para mostrar diversas fases de una pasada, si no grandeza al menos opulencia.

Una visión de este tipo (que no hubiera disgustado a Alberdi, que finalmente había leído a la revolución de mayo en esa clave) genera la lectura más pesimista de las posibilidades pasadas o futuras de la Argentina. Implícitamente admite que aquella prosperidad habría sido sólo un episodio fugaz en el medio de una historia dominada por un *aurea mediocritas* antes y después de él. El problema es que, aunque así hubiese sido, esa prosperidad estuvo acompañada entre los contemporáneos por lecturas que contenían ilusiones de otro tipo. Lecturas muy optimistas de las posibilidades argentinas y su destino como la que formulara Bartolomé Mitre, entre otros, y que legara a la Argentina del siglo XX, lo que Juan Agustín García definió, en 1900, como uno de los ya incurables males argentinos: “el sentimiento de la futura grandeza del país”. Si bien es cierto que el mismo García, entre tantos otros como Drago, Pellegrini, Cané, Groussac, ponían en guardia, en esos años de prosperidad precedentes a la primera guerra mundial, acerca de los enormes límites de la Argentina, sociedad nueva donde todo estaba por hacerse, esas prudentes lecturas no tuvieron un gran éxito. Podría decirse que eran autores, como alguien lo llamó, apropiándose de una antigua expresión aplicada a otros contextos, de una “canción de otoño en primavera”.

Algunos señalaban los límites de la economía agropecuaria, en especial del latifundio, antes de que fueran visibles. Otros en cambio veían con mayor amplitud los problemas para construir una civilización europea ahí donde todo estaba por hacerse. A veces se detenían excesivamente en cuestiones formales -y que concernían a las reglas de lo que Norbert Elias llamó el “proceso civilizatorio”- y su crítica navegaba desde la inurbanidad e ignorancia musical del públi-

co que asistía al Teatro Colón, a la rusticidad de una *élite* social que no sabía ni comer ni comportarse -y para ayudar a su educación Miguel Cané y Carlos Pellegrini crearon el Jockey Club-, desde los límites de los cultores de las letras que no sabían escribir decentemente (en las reiteradas observaciones de Paul Groussac) hasta las imperfecciones e insuficiencias de un sistema político, de unas prácticas (la llamada, sobre todo por los socialistas, “política criolla”) y de sus actores. Por debajo de esas críticas reposaba, además de la idea de construir una “sociedad”, que era también a la vez una *élite* dirigente y una jerarquía social (es decir la aceptación de esa *élite* dirigente), una no desacertada noción de las dificultades de un país en el que había que hacer todo desde cero.

Un país sin técnicos, ni buenos profesionales, ni buenos profesores (y tampoco desde allí buenas universidades o institutos terciarios). Baste leer las tesis de la Facultad de Derecho o de la Facultad de Filosofía y Letras de las primeras décadas del siglo XX para ver cuán poco universitario, entendido como un ejercicio sistemático del saber según estándares internacionales, era todo lo que allí hacían alumnos y profesores. Como decían casi contemporáneamente, refiriéndose a la Facultad de Filosofía y Letras, José Ingenieros (que renunciaría a su cátedra alegándolo) o Rómulo Carbia, Director de su Biblioteca, los alumnos sólo estaban interesados en leer resúmenes y todo lo que fuera un esfuerzo mayor estaba alejado de sus intereses. Pero el inventario podría ir más allá y alcanzar a las estructuras de la administración, la burocracia estatal, el ejército, la justicia.

Sin embargo, esas lecturas escépticas que ponían un signo de interrogación fueron sepultadas por el optimismo que culminó en los festejos del centenario y por una lectura de la Argentina que, aunque invertía muchos de los tópicos que procedían del siglo XIX conservaba uno: el del “destino manifiesto” reservado a la Argentina. Será la operación que llevarán a cabo Leopoldo Lugones, desde el prestigio de poeta nacional que le había conferido la temprana unción por Rubén Darío, y Ricardo Rojas desde el prestigio de primer catedrático de Literatura Argentina y luego escritor de una historia “más larga

que la literatura argentina”, en el despectivo dictamen de Groussac. Despectivo hacia Rojas y hacia la literatura argentina.

La consagración del “Martín Fierro” como el poema épico de los argentinos que expresaba las posibilidades civilizatorias de una nación o de una raza, será una operación exitosa por muchos motivos. La necesidad de inventar una tradición en la cual pudieran reconocerse los hijos de los inmigrantes será uno de ellos. La necesidad de revalidar el mito de la futura grandeza del país será el otro. Lo que sorprende hoy de la lectura de obras como “El Payador” o del tomo sobre “los gauchescos” de la Historia de Rojas no es la voluntad de consagrar un poema como el Hernández, literariamente modesto pero contendor de una trama argumental mitificable. Es la voluntad de ver en él una creación literaria comparable a la *Ilíada* y la *Odisea*, a la *Canción de Roland*, al ciclo germánico de los *Nibelungos* o, incluso, a la *Comedia* de Dante.

La necesidad de elevar al Martín Fierro a obra maestra de la literatura universal estaba en la base del siguiente razonamiento: si las posibilidades de una nación se expresan en la literatura y éstas se resumen en un poema épico, es la grandeza del poema la que puede garantizar la grandeza de la comunidad que a su modo lo ha producido y en él se encuentra representada. Y en este punto no es innecesario recordar que para Lugones el poema no era hijo de los méritos de Hernández, sino que expresaba sólo la capacidad de éste de actuar como correa de transmisión, o si se prefiere como vehículo de una cultura colectiva común. Todo ello coincidía con el verdadero triunfo de la Historia de Belgrano de Bartolomé Mitre, que se producirá en esa primera década del nuevo siglo en torno a la consagración de la revolución de mayo como epopeya fundadora de la nueva nación (el “mito de los orígenes”). Contra lo que ha sido sostenido, con cierta superficialidad, en muchos puntos Rojas y Lugones se presentan además de como admiradores como continuadores, en otra clave, de la imagen tan optimista del gran historiador. Imagen que, sobre todo en el capítulo inicial sobre la “sociabilidad argentina” agregado por Mitre en 1877 a su Historia de Belgrano, buscaba en el

lejano pasado colonial las razones que garantizaban no sólo un destino de primer orden a la nueva nación sino, sobre todo, un destino diferente al del resto de Hispanoamérica (el tema de la “excepcionalidad” argentina).

Así como alguna vez fue hecho el inventario de los mitos de la *più grande Italia* sería hora de hacerlo con aquellos vinculados a la grandeza argentina. Alejandro Bunge, en los años veinte, imaginó que el éxito de nuestros deportistas era otra expresión de la fortaleza de la nueva “raza” argentina y de muchos manantiales bebía la idea de la invencibilidad de los ejércitos argentinos, a partir de una limitada casuística. Es bien conocido luego a qué extremos llevó el primer peronismo las ideas de la potencialidad argentina, desde el plan atómico hasta el “avión argentino” o hasta el apoyo a deportistas que competían internacionalmente. Por otro lado, una parte de las formulaciones acerca de la *grandeur* argentina se expresaba en la competencia con los Estados Unidos. Irónicos comentarios hacia la rusticidad del visitante acompañaron la visita de Teodoro Roosevelt a la Argentina en los primeros años del siglo XX, y un hilo perceptible puede unirlos con las aspiraciones magnilocuentes de los conservadores, en el poder en los años treinta, que reposando en una sólida alianza con Inglaterra, se empeñaban en mantener una competencia por la hegemonía en el Sur de América con los Estados Unidos. Los revisionistas, Julio Irazusta entre ellos, cuando buscaban modelos comparables para la Argentina en cuanto a un destino de grandeza que no fue pero debía, según ellos, haber sido, pensaban en Gran Bretaña o aún en el Imperio Romano ... Cada lector podrá agregar a estos pocos ejemplos sus propios mitos o sus propios argumentos para justificar la necesidad del éxito argentino, de su tener que ocupar un lugar entre un éxito sin que sea necesario aquí ir más allá.

Es quizás una de las paradojas argentinas que los lamentos acerca de la decadencia se hicieron más estridentes entre las dos guerras (y en especial luego de 1929), cuando algunos de los problemas más visibles de la época de prosperidad, la carencia de cua-

dros técnicos, científicos, académicos, burocráticos y empresariales comenzaba a resolverse. Es decir, cuando la Argentina comenzaba a tener, por detrás de la fachada edilicia, un aparato público que, aunque con muchos límites y cierta venalidad endémica, podía considerarse medianamente funcional; cuando el sistema educativo (público) alcanzaba a producir resultados (en los tres niveles) no sólo aceptables en sí mismos sino incluso, mirados comparativamente desde el hoy, envidiables.

Ciertamente esas nuevas reflexiones acerca del “fracaso” argentino en los años treinta, desde Raúl Scalabrini Ortiz a Eduardo Mallea o desde Ezequiel Martínez Estrada a los hermanos Irazusta, tenían lugar en un clima teñido por la crisis económica mundial (cuyos efectos fueron, sin embargo, menos profundos que lo que los contemporáneos percibían), y bajo la impresión de una desarticulación social que sería el resultado de la insuficiente integración de los componentes nativos y extranjeros que el gigantesco proceso de expansión había puesto en interrelación. El problema que más tarde José Luis Romero llamará de la insuficiente “amalgama” social. Fueron los momentos en que también algunos intelectuales, señaladamente Alejandro Bunge, comenzaron a demandar un nuevo modelo para una “nueva” Argentina.

Más de medio siglo después, hoy, se hace evidente que ese nuevo modelo no ha sido hallado y el “ser en el mundo” de la Argentina sigue siendo problemático luego de que la prosperidad agropecuaria consintiese, a la vez, en mantener niveles de salario elevados y construir un *welfare state* a la criolla, durante el peronismo y después. Luego también de que en los años sesenta se arribase a grados de eficacia educativa y científica comparables en algunos sectores a términos internacionales. Y en este punto, nunca se podrá insistir suficientemente sobre el devastador efecto que tuvo la torpe intervención del onganiano sobre nuestra comunidad científica luego de 1966, que iría a fecundar lo que no tenían por entonces otros países sudamericanos (Chile y Brasil entre ellos). Empero esos sesenta fueron también los del teatro independiente, el psicoanálisis, el cine de

vanguardia, que permitieron imaginar que la Argentina (o al menos Buenos Aires) eran un faro de la modernidad cultural occidental.

¿Para que detenernos en los últimos treinta años? Solo constatemos como la meditación de la “decadencia” se convirtió en la añoranza de una edad de oro que había quedado atrás y a la que se ilusionaba poder volver. Los argentinos, émulos de Hesíodo, se convirtieron en *laudatores temporis acti*. La prosperidad peronista en la que la Argentina “era una fiesta”, los “dorados” años sesenta, la elegante y rica Argentina del centenario, devinieron utopías alternativas, según los grupos sociales y las convicciones ideológicas. La idea de revolución volvía a adquirir en la Argentina el sentido antiguo procedente de la astronomía y que la revolución francesa había modificado: era ya un retorno (como la órbita de los astros) y no un futuro.

Hoy, después de todo, luego del despertar del sueño del horror (el “destino sudamericano” preanunciado en el “Poema Conjetural” borgeano), de la ineficacia lindante con la parálisis del estado y de la rapacidad del mercado -que por otra parte no ha exhibido una capacidad para resolver los problemas argentinos más efectiva que el condenado modelo precedente, lo que pone en serios cuestionamientos no sólo la competitividad de la Argentina sino de los argentinos para operar en una economía abierta- ¿qué es lo que queda? Se nos invita a volver al optimismo. La idea parece presuponer más allá de la “profecía autocumplida” una estrategia nominalista. Como si los discursos sobre la realidad pudiesen “crear” la realidad.

Hace muchos años ya, Antonio Gramsci, un pensador aludido tan excesivamente ayer como insuficientemente hoy, popularizó una frase: el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad. La frase, de sabor soreliano, la había tomado en préstamo de un artículo periodístico de Romain Rolland. Quizás se podría proponer para el caso argentino con una ligera corrección: el optimismo de la voluntad luego del pesimismo de la inteligencia. Lo que la Argentina necesita ante todo en la hora actual es un diagnóstico radical y severo de sus problemas. Un diagnóstico y luego una terapia profun-

da no vendedores de tónicos capilares o motivadores de la voluntad. Siendo menos drástico y más interlocutorio, necesita comenzar discutiendo sobre ello.

Se trata, nos parece, de pensar la Argentina, frase remanida pero que, en su ser un lugar común, describe adecuadamente la situación. Pensar en su complejidad, recordando que el camino del conocimiento es complejo y no simple. Hace muchos siglos ya Galileo sugirió que el gran libro del mundo estaba escrito en caracteres matemáticos y propuso una lectura de la naturaleza que reducía su complejidad a un modelo que permitía interpretarla. Hoy, los economistas, cuya simplicidad en proponernos soluciones contrasta con la eficacia de ellas, imaginan que el libro de la sociedad está escrito en caracteres matemáticos y que un conjunto de ecuaciones puede dar adecuada cuenta de la complejidad de nuestros tiempos y autorizar la formulación de leyes. Reproponen el antiguo sueño decimonónico de una física social. Un historiador sólo puede contraponer a ello más que ejercicios de optimismo, una modesta propuesta: volver a mirar a la Argentina en el enorme espesor de su complejidad y en una dimensión temporal (aunque el pasado no explique más que una parte del presente). Volver a mirar desde el necesario abandono de aquel “sentimiento de la futura grandeza del país”, en la que generaciones de argentinos fuimos educados. Volver entonces no a las soluciones sino a la actitud, crítica pero esperanzada, que fue la de aquella generación del 1837. Luego, más allá de lo acertado que pueda ser el diagnóstico y de la eficacia potencial de las soluciones, no es innecesario recordar que el futuro no está escrito en ninguna parte (y por ello es futuro). Y esa es, en los tiempos que corren, quizás, la mejor muestra de optimismo que pueda ofrecerse.